

JEFF CREEPY

# SUPERSUSTOS

EL LABORATORIO DEL PÁNICO



Cuando Amy, Matt, Georgia y Ethan decidieron ir de acampada, no imaginaban que entrarían en el peligroso territorio del doctor Zukov... Se dice que sus experimentos son maléficos y que ha creado siniestros seres que viven en las sombras. ¡Y que nadie se atreva a entrar en su laboratorio!

# Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Creepílogo

## Sobre el autor

# CAPÍTULO 1

Amy se paró delante del riachuelo. Al otro lado estaba el camino que conducía al misterioso Bosque Negruzco. Solo tenía que saltarlo y se encontraría allí, entre sus enredaderas y sus frondosos árboles.

Respiró hondo, se apartó un mechón de pelo de la cara y se preparó para saltar.

–¡ESPERA!

Amy frenó en seco al escuchar la voz gruñona de su hermano. El larguirucho Matt solo era un año mayor que ella, pero siempre estaba diciéndole lo que tenía que hacer.

–Quítate la mochila primero –le ordenó.

–¡Grrr! –gruñó Amy–. ¿Por qué?

–No podrás saltar bien con tanto peso.

Amy agarró aún más fuerte su mochila.

Detrás de ellos, sus amigos Ethan y Georgia se miraron. Todo el rato era lo mismo: daba igual lo que propusiese Amy, Matt siempre tenía una idea mejor.

–Esas rocas parecen muy viscosas –bromeó Georgia.

Amy puso cara de exasperación y, antes de que nadie pudiera detenerla, saltó sobre el riachuelo lanzando un grito salvaje. Sus pies aterrizaron sin problemas sobre las rocas; se dio la vuelta y miró a su hermano con cara de «te lo dije».

–¡Así se hace, Amy! –gritó Ethan, dando un puñetazo al aire mientras Matt se encogía de hombros.

–¡Es muy fácil! –exclamó Amy–. ¿Quién se atreve?

Matt cruzó sin dificultad. Georgia también, dando unos cuantos saltitos entremedios. Solo faltaba Ethan, que miraba hacia la orilla opuesta con un poco de miedo. Se ajustó con cuidado las gafas sobre la nariz y se restregó una mano contra la otra.

–¡Allá voy!

Ethan corrió hasta el borde del riachuelo, pero su salto fue un desastre y acabó zambulléndose en el agua hasta las rodillas y chapoteando como una trucha enfadada.

–¡ARGGGG! –gritó–. ¡Sacadme de aquí! ¡Esto está más frío que el sobaco de un oso polar!

Amy le dio la mano y lo ayudó a subir.

–¡Despacito! –se burló Georgia.

–¡A ver, listillo! –se rio Matt–, ¿cómo sabes tú lo fríos que están los sobacos de un oso polar?

–¡Dejadme en paz! –exclamó Ethan, frotándose el tobillo y cambiando rápidamente de tema–. Al menos ya estamos aquí, en el Bosque Negruzco.

Los cuatro miraron a su alrededor. Los pinos se alzaban silenciosos en la penumbra, frondosos y apretujados como tumbas en un cementerio. Las enredaderas se enroscaban entre la hojarasca del suelo.

Se habían pegado unas buenas horas de caminata para llegar a ese lugar. Había sido idea de Matt pasar las vacaciones de verano acampando en medio del bosque: estarían a kilómetros de distancia de todo el mundo, y más lejos de casa de lo que habían estado nunca.

Un trueno se oyó en la lejanía. El cielo se volvió de un gris oscuro plomizo y Amy notó en la cara cómo la brisa se había enfriado de repente.

–¡Genial...! –exclamó–. Y ahora una tormenta. Si no montamos las tiendas rápido, acabaremos empapados.

–Esto... ¿Hola? –Ethan señaló su pantalón corto y sus zapatos, que chorreaban agua.

–Vale, vale –replicó Amy–. Acabaremos empapados los demás.

Amy los condujo a todos hacia el interior del bosque. Pero todavía no habían andado demasiado cuando Ethan empezó a quejarse.

–¡Ay! –gimió–. Me duele.

–¿El qué? –preguntó Amy.

–El tobillo –gimoteó Ethan–. Creo que me lo he torcido al saltar el riachuelo.

Georgia se arrodilló para echarle un vistazo. Cortó el cordón con su cuchillo y le quitó la bota con mucho cuidado. El tobillo de Ethan estaba rojo e hinchado.

–¡Lo que faltaba! –refunfuñó Matt.

–¡Oye! –le dijo Amy, dándole un pequeño empujón–, ¡que ha sido cosa tuya venir aquí!

–Ya, dicen que este bosque está encantado, ¿no? –Ethan forzó una sonrisa mientras limpiaba el barro que le había salpicado las gafas.

–No, Ethan –negó Georgia, mirándolo fijamente–. No existen ni las maldiciones, ni los magos, ni los hechiceros de los bosques. Así que, venga..., ¡todos a montar las tiendas de campaña!

Amy se puso manos a la obra, olvidándose de las historias de Ethan sobre bosques encantados. Claro que existían esas historias, pero no dejaban de ser invenciones que no se creía nadie. Y ellos tenían cosas más importantes que hacer.

Amy ayudó a Georgia a sacar las piezas de su tienda de campaña, poniéndolas sobre el suelo con bastante más orden que los chicos, pero enseguida se dio cuenta de que faltaba algo: las piquetas que debían sostener la tienda no aparecían por ninguna parte.

–¡Oh, oh! –exclamó.

–Por favor, dime que no se te han olvidado las piquetas, Amy –le advirtió Georgia con una sonrisa tensa—. Eres mi mejor amiga... ¡No me gustaría tener que matarte!

–Todo controlado –dijo Amy, volviendo a incorporarse—. No se me han olvidado, sé muy bien dónde están.

Matt también se puso en pie rápidamente.

–¿Amy?

–Vuelvo enseguida.

–¡AMY!

Su voz se perdió en la distancia.

Las pisadas de Amy resonaban con fuerza sobre el camino mientras corría hasta el riachuelo. La bolsita negra con las piquetas debía de estar allí, en el suelo. Más le valía. Porque, si no podían montar su tienda de campaña, tendrían que dormir en la de Matt y Ethan. Y, antes que eso, Amy prefería que la partiese un rayo.

«Primero lo de Ethan y ahora esto –se rio—. No, si al final va a resultar que es cierto que este bosque está encantado».

Cada vez había menos luz y la lluvia no paraba de repiquetear al caer sobre el camino. Amy llegó a la orilla del riachuelo antes de lo que se había imaginado y, de repente, al caer en la cuenta de que estaba completamente sola, se le pusieron de punta los pelos de los brazos y notó un escalofrío bajándole por la espalda. Tenía la sensación de que algo no iba bien.

«Te lo estás imaginando –pensó—. Contrólate».

Para su alivio, allí estaba la bolsa de las piquetas, apenas visible en la oscuridad. Se agachó para cogerla, pero, justo en ese momento, oyó un ruido entre los arbustos de la otra orilla del riachuelo: el chasquido de una rama seca que sonó como un disparo en medio de aquel escalofriante bosque.

–¿Hola? –trató de decir, pero la palabra se le atascó en la garganta. Su corazón seguía latiendo frenéticamente a



causa de la carrera que se había pegado. Y ahora el miedo comenzaba a helarle la sangre.

Amy giró la cabeza y se quedó pasmada. Algo surgió de entre las sombras: era un viejo con la cara llena de arrugas, los ojos penetrantes y la melena despeinada. Tenía la boca medio abierta y se le veían los dientes viejos y amarillentos.

Amy dio un paso atrás.

El hombre se movía intentando no hacer ruido. Su bata blanca y sus ojos azules como el hielo taladraban la oscuridad. Parecía un espíritu maligno del bosque, brillando entre los árboles.

Deprisa, demasiado deprisa, el hombre levantó un brazo. Amy chilló.

## CAPÍTULO 2

Amy dio un salto atrás. Agarró la bolsa de las piquetas y se puso a correr. El viejo la llamó con una voz grave y áspera parecida a un ladrido, pero ella no oyó lo que decía. Prefería no saberlo.

Mientras corría, trataba de encontrar algo en su mochila para defenderse. Sus dedos tocaron la linterna, y la cogió rápidamente. Pero cuando volvió a mirar hacia los árboles, no había ni rastro del hombre. La aparición se había esfumado.

«¿Qué demonios...?».

Amy se detuvo para recuperar el aliento. En ese momento, la idea de acampar en el Bosque Negruzco le pareció una locura. Nunca se había sentido tan lejos de casa. Maldijo a Matt por haberlos llevado hasta allí.

Siguió corriendo hasta que llegó al lugar de acampada. Una lámpara eléctrica brillaba en medio de la lluvia y la tienda de Matt estaba ya montada. Amy le lanzó la bolsa a Georgia y se agachó para recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —le preguntó Georgia—. Te he oído chillar.

—Es que he visto a alguien.

Matt salió de la tienda.

—¿A quién?

—A un viejo —respondió ella—. Al otro lado del riachuelo.

–Y ¿qué ha pasado? –quiso saber Georgia, nerviosa.

–En realidad, nada –contestó Amy–. El hombre me ha mirado y yo he salido corriendo...

Amy estaba muy asustada, pero al decir en voz alta lo que había visto ya no le pareció tan raro.

–A lo mejor era alguien paseando al perro –sugirió Georgia.

–O igual es que hay gente tan chalada como nosotros que también decide pasar el verano por aquí –dijo Ethan–. ¿Por qué te has asustado?

–Aquí no hay nunca nadie –afirmó Matt–. Por eso hemos venido. ¿Cómo era el viejo?

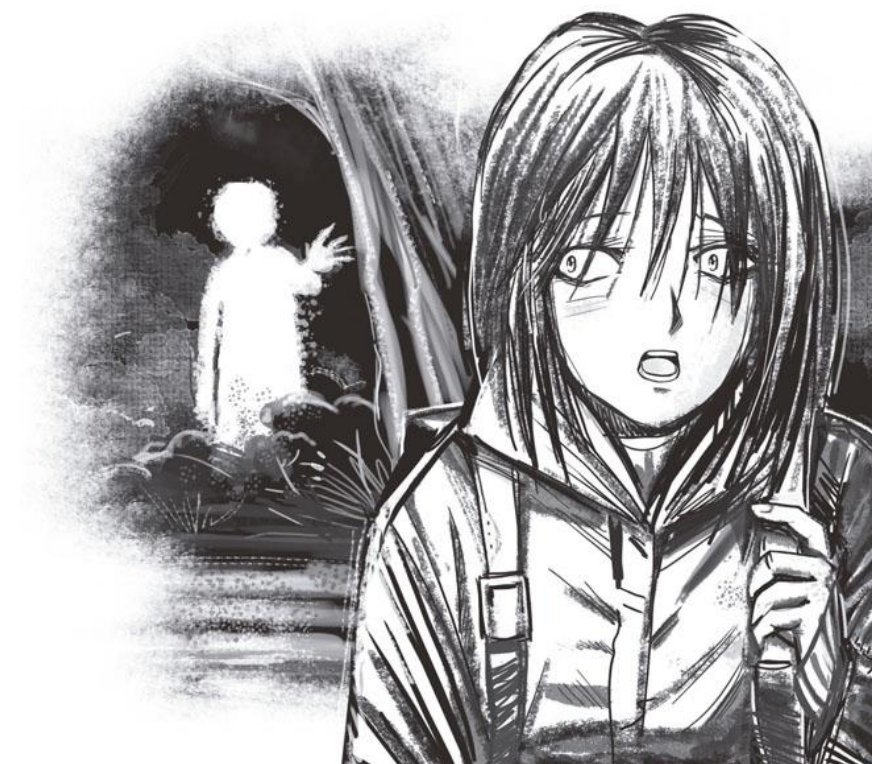
–No he podido verlo muy bien –reconoció Amy–. Pero llevaba una bata blanca... Y tenía el pelo como... alborotado.

Matt miró a Amy fijamente.

–¿Una bata blanca? ¿Una bata blanca larga?

–Supongo –admitió Amy sin estar segura.

Matt miró a derecha e izquierda y frunció el ceño.



–Me acabo de acordar de algo muy raro –afirmó.

–¿De qué? –le preguntó Georgia–. ¿Del hechicero del bosque de Ethan?

Matt la fulminó con la mirada.

–No... Es algo peor... Ya había oído hablar de alguien así antes.

Amy lo miró con expectación, pero Matt no dijo nada más y se dirigió al lugar en que iban a encender la hoguera. Amontonó unas cuantas ramas secas y les prendió fuego. Sería como tener una especie de barrera protectora, como crear una burbuja donde el tiempo y el mundo exterior no existiesen. Ya se veían las primeras estrellas y la luna se alzaba en el cielo, arrojando un inquietante resplandor.

–Entonces –comenzó a decir Amy, mirando hacia el fuego–, ¿quién era ese hombre?

–¿Un leñador que corta gente en vez de árboles? –se burló Ethan.

–¿Un paseador de perros asesino? –sugirió Georgia–. ¿O un asesino de paseadores de perros?

Amy refunfuñó.

–Deja los chistes malos para Ethan, ¿vale?

Los tres se echaron a reír, pero Matt siguió mirando fijamente al fuego. Era más fácil que apareciese un marciano por el bosque que conseguir que Matt sonriese.

–El hombre de la bata blanca –empezó a decir– es alguien conocido en este bosque. Al menos según la leyenda.

Amy se estremeció. Parecía que la oscuridad la iba rodeando cada vez más.

–El Bosque Negruzco no está encantado –siguió diciendo–. Aquí no hay magia negra, ni nada tan fantástico. Pero durante años han sucedido cosas extrañas en él, cosas inquietantes que siempre se han mantenido ocultas.

–¿Qué tipo de cosas? –lo interrumpió Ethan, inclinándose hacia delante.

–Cosas muy malas –explicó Matt–. Parece ser que en medio de este bosque, a kilómetros del resto del mundo, hay un edificio abandonado. Era necesario que estuviese así de aislado por... los experimentos genéticos.

Ethan y Georgia se miraron, nerviosos.

–¿Experimentos genéticos? ¿Como los que hacen para modificar las plantas? –preguntó Georgia.

Matt se rio a carcajadas.

–Sí, claro, ¿qué crees que hacían? ¿Verduras parlantes? ¡Flipante! Mirad, en estos bosques hay un edificio, un edificio que se ha mantenido en secreto durante años. Un edificio en el que trabajaba un grupo de científicos que se suponía que investigaba para el ejército. Pero en realidad hacían algo más; esos científicos creían que podían hacer

cualquier cosa, que podían jugar a ser Dios. Y terminaron creando supersoldados con una fuerza sobrenatural, animales híbridos. También buscaron la manera de evitar la necesidad de dormir, e incluso quisieron ver si el cerebro podía sobrevivir fuera del cuerpo.

Amy se agitó, inquieta. El tono serio de su hermano hacía muy creíble su historia.

—Ahora el sitio está abandonado. Parece ser que los experimentos causaron algún tipo de desastre y que las personas que usaban de cobayas se volvieron locas. Al intentar mantenerlas siempre despiertas empezaron a arrancarse el pelo de la cabeza y las uñas. Y los animales híbridos se volvieron feroces y agresivos y atacaban salvajemente a cualquiera que se les acercase hasta arrancarle la carne de los huesos. Y lo que es peor, mucho peor, es que todavía siguen deambulando por el edificio y por los bosques. Después de caer la noche, si se presta atención, se pueden oír sus extrañas y atormentadas voces clamando al viento...

Georgia apenas podía hablar.

—Y... ¿y los científicos?

—Todos escaparon. Todos menos uno: el director, Zukov; un científico genial, pero totalmente chiflado.

—¡Guau! —exclamó Georgia, casi en un susurro—. Amy, tiene que ser el viejo que has visto. ¿Un hombre con una bata blanca, vagando por el bosque? ¡Tiene que ser él!

Amy estaba empezando a asustarse de verdad. Pero también sospechaba de su hermano: ¿realmente pretendía Matt que se creyeran su historia sobre un grupo de científicos maníacos solo porque ella había visto a un viejo siniestro vestido con una bata blanca?

—Dicen que si alguna vez te mira con sus ojos azules como el hielo... —Matt hizo una pausa para causar mayor efecto mientras Georgia y Ethan se inclinaban hacia delante esperando el final de la frase—... ¡te mueres!

Matt dio una patada a uno de los troncos de la hoguera, haciendo saltar chispas por el aire. Georgia dejó escapar un grito ahogado mientras esquivaba las ascuas. Ethan chilló y se cayó del tronco sobre el que estaba sentado para aterrizar en el barro. Matt reía a carcajadas, agarrándose la tripa.

–¡Jo, mira que sois inocentes! –exclamó.

–¡Y tú eres un idiota, Matt! –le replicó Ethan.

–¿Acaso te lo has inventado todo? –preguntó Georgia.

Matt sonrió maliciosamente.

–¡Pues claro que me lo he inventado! ¡Qué pardillos sois! ¿Verdad, Amy?

Amy también se echó a reír mientras Ethan y Georgia respiraban aliviados.

–Totalmente –asintió.

Aunque para sus adentros se preguntó: «¿Cuándo le he dicho a Matt de qué color tenía los ojos el viejo?».